

FLORENCIO. ¡Ya no hay tiempo: ya está aquí!
 EDUARDO. ¿Dónde me meto?
 FLORENCIO. ¡Ya nos ha visto!

ESCENA XV

DICHOS y D. ROSENDO

ROSENDO. ¡Florencio, responde!
 FLORENCIO. Ya iba: estaba oyendo á Eduardo, que ha subido á decirme un recado.
 ROSENDO. ¡Calle! ¿Qué uniforme es ese?
 EDUARDO. Este uniforme...
 FLORENCIO. El suyo: ¿cuál ha de ser? (Aparte á Eduardo.) ¡Por Dios, di que es tuyo, no descubras que hago comedias, y me pierdo!
 EDUARDO. (¡Se necesita en este momento toda mi generosidad!..)
 ROSENDO. ¿Pues cómo tan pronto? Hace poco rato que le he visto...
 FLORENCIO. Es que ha venido á parar á la fonda del cuarto bajo, y ya se ha vestido.
 EDUARDO. (¡Cómo las urde!)
 ROSENDO. Y esa es la cruz...
 FLORENCIO. La cruz de Alcántara.
 ROSENDO. ¡La cruz de Alcántara! ¡Es posible! (Acercándose.)
 EDUARDO. (¡En buen berengenal me ha metido este loco!)
 FLORENCIO. ¡Sí, señor! ¿No la ve usted?
 ROSENDO. ¡Sí, ella es! ¡Amigo, esto ya es otra cosa!
 FLORENCIO. (A Eduardo.) Bien, Eduardo; ahora hablaremos de eso, si quieres esperarme en mi cuarto un momento.
 EDUARDO. Con mucho gusto. (Aparte á Florencio.) ¡No tardes! De lo que tengo que hablarte pende mi felicidad. (Saluda y se va.)

ESCENA XVI

D. ROSENDO y D. FLORENCIO

ROSENDO. (¡La cruz de Alcántara! ¡Pues no me ha parecido mal este mozo! ¡Y se conoce que está enamorado de la chica!) Oye, Florencio, tu cuarto no tiene comunicación por dentro con el de mi hija, ¿no es verdad?
 FLORENCIO. ¡No, señor, no hay más entrada que esta!
 ROSENDO. ¡Ya! Pero dime, ¿no era la cruz de San Fernando la que le habían dado?
 FLORENCIO. Sí, señor, también; pero ésta es aparte, la tenía solicitada antes de irse.
 ROSENDO. ¿Le habrán relevado de pruebas de nobleza?
 FLORENCIO. ¡Qué, no señor; las has hecho todas!
 ROSENDO. ¿Pues cómo diablos?..

FLORENCIO. ¡Pues si es más noble que el mismo Cid! ¡Ahora sabe usted eso! No hay más que ver el apellido.
 ROSENDO. ¡Qué! Se llama Guevara .. Guevara á secas, ¡y eso no vale nada!
 FLORENCIO. ¡Se equivoca usted! ¡Si tiene delante un *Ladrón* mayor que José María! Él no se lo firma nunca, en obsequio de la brevedad.
 ROSENDO. ¿Es Ladrón de Guevara?
 FLORENCIO. ¡Y ladrón de corazones, según tengo entendido! Sé que mi prima le ama; que él trata de pedírsela á usted por esposa: de eso quería hablarme, de que yo le presentase á usted; y sin duda para manifestarle, sin necesidad de enseñarle pergaminos ni papelotes, la nobilísima estirpe de que procede, se ha ido á poner su cruz de Alcántara. Ya sabe usted que en llevando la cruz de Alcántara, no hay nada que preguntar.
 ROSENDO. Eso por supuesto. Pero, Florencio, para eso te llamaba: has de saber que ya me ha hablado; que ya me la ha pedido.
 FLORENCIO. ¡Hola! ¿Conque será cosa hecha?
 ROSENDO. No: yo tengo otro plan..., y como venía sin la cruz..., en fin, se la he negado.
 FLORENCIO. ¡Qué ha hecho usted, tío! ¡Sabe usted el favor que goza en el día! ¡Sabe usted que ese mancebo se verá mañana de general, y quién sabe! ¡Con una gran cruz, con excelencia, y puede que algún título!
 ROSENDO. ¡Un título! ¡Ya se ve! ¡No me había dicho nada! No me ha hablado más que de su amor, y vuelta con su amor.
 FLORENCIO. Como que para casarse, eso es antes que títulos y cruces.
 ROSENDO. No importa: yo he resuelto ya otra cosa. Florencio, quiero casarla contigo.
 FLORENCIO. ¡Connigo, señor! ¿Y he de consentir yo que mi amigo sea infeliz por mi causa? ¡Imposible!
 ROSENDO. ¡Déjate ahora de filosofías modernas! Ya lo tengo todo dispuesto: D. Dimas traerá ahora el contrato para que lo firmemos, y en cuanto á cruz de Alcántara, mi familia no es menos que la de ese señorito. Sabe que la he solicitado para ti, y que hoy también espero la gracia.
 FLORENCIO. ¿Hoy también? ¡Dos cruces en un día!
 ROSENDO. Aquí viene D. Dimas, que puede que la traiga.
 FLORENCIO. (¡Esto no va mal! ¡Se tragó la cruz!)

ESCENA XVII

DICHOS y D. DIMAS, con el contrato y un oficio

ROSENDO. ¿Trae usted el contrato?
 DIMAS. Aquí está.
 ROSENDO. Venga. Florencio, tu padre te dejó al morir encargado á mi cuidado. Yo te he educado como correspondía á tu nacimiento, á la nobleza de tu sangre: no he querido que estudies, porque desde luego formé el proyecto de unirme á mi hija, y que gozases de mis bienes. Ha llegado el día de realizarlo: aquí está el contrato: firmalo.
 FLORENCIO. Señor: yo conozco lo que usted me ama, veo lo que quiere usted hacer

por mí, y mi gratitud será eterna; pero es fuerza ya revelarlo, ¡hay un obstáculo que me impide gozar esos beneficios!

ROSENDO. ¿Qué obstáculo puede haber? ¿No soy yo su padre? ¿No es mi voluntad?

FLORENCIO. Hay un obstáculo, señor, que no sé cómo decírselo á usted.

ROSENDO. ¡Ea! ¡Basta de tonterías! Firma.

DIMAS. Al entrar me dieron este pliego para el Sr. D. Florencio.

ROSENDO. ¡A ver! ¡Oh, qué placer! ¡Está en la gracia del hábito de Alcántara! ¡Ves, Florencio, ves! (Abriéndolo.) ¡Mis antiparras! ¡Lea usted, D. Dimas, lea usted!

FLORENCIO. (¡Nobles artes, gloria escénica, todo te lo sacrifico!)

DIMAS. (Lee.) «S. M. la reina gobernadora se ha servido acceder á la solicitud de D. Florencio Verdegay...»

ROSENDO. (Gozoso.) ¡Concedido, concedido!

DIMAS. «Verdegay, alumno del Real Conservatorio de *María Cristina...*»

ROSENDO. ¡Qué es eso!

FLORENCIO. (¡Dios mío! Si será...)

ROSENDO. ¿Qué está usted leyendo, hombre?

DIMAS. ¡Así dice, señor! «Alumno del Real Conservatorio de *María Cristina*, permitiéndole ajustarse de actor dramático en los teatros de esta corte...»

FLORENCIO. (¡Oh dicha! ¡Ya soy cómico!)

ROSENDO. ¡D. Dimas, D. Dimas! ¡Usted ha almorzado fuerte hoy!

DIMAS. ¡Chocolate, á las seis de la mañana! – Continúo: «debiendo hacer su primera salida el 10 del corriente, cumpleaños de nuestra Reina y señora doña Isabel II. – De Real orden, etc.»

FLORENCIO. (Entusiasmado.) ¡Ah, ya soy cómico! – «Orgullo, preocupación, tiranos de la tierra, ¡pronto os despreciaré!»

ROSENDO. ¡Florencio, qué horror, Florencio!

DIMAS. ¡Yo estoy lelo, vaya una cruz de Alcántara!

FLORENCIO. Sí, amado tío: ¡ya no es tiempo de disimular! Yo lo he solicitado, yo lo ansiaba...

ROSENDO. ¡Tú, miserable!

FLORENCIO. ¡Yo mismo! He aquí el obstáculo de que antes hablaba. Una inclinación invencible, una ciega pasión me arrastra al teatro.

ROSENDO. ¡Infame, mal caballero! ¿Por qué me has engañado?

FLORENCIO. La bárbara preocupación me obligaba á hacerlo.

ROSENDO. ¡Preocupación! ¡Tú lo llamas preocupación! ¡Dios mío, qué vergüenza! ¡Una familia deshonorada! Florencio, hijo mío, ¿qué te he hecho yo? ¿No he sido para ti un padre? ¿Por qué quieres abandonar á tu familia, por el triste honor de que te aplaudan en un teatro? ¡No, Florencio, no! Renuncia á ese horroroso designio: ¡no pagues mis beneficios con tanta ingratitud!

FLORENCIO. ¿Qué dice usted? ¡Yo ingrato, no! Pero diga usted, tío, usted me tiene por noble, por honrado: y qué, ¿por ser cómico dejaré de serlo? Si abrigara una alma mezquina y vulgar, admitiría sus ofertas de usted, sacrificaría á mi vil egoísmo la amistad de Eduardo y pasaría mi vida en el fango de la ociosidad. ¡No: estoy resuelto! ¡Abandóneme usted, no importa, yo sabré hacerme mi suerte! ¡Me lo presagia el noble ardor que siento en mi alma! ¡Yo ilustraré mi nombre en la carrera de gloria que voy á emprender, y á fuerza de talento y de triunfos, le obligaré á usted un día á que me perdone y á que me aplauda!

ROSENDO. ¡Calla, calla, blasfemo! – Y aun suponiendo que llegara ese caso, ¿has

pensado en las humillaciones que tendrás que sufrir? ¿Has pensado en los caprichos del público, en sus injusticias muchas veces, en los partidos que se formarán contra ti, y sobre todo, en los periódicos, y sobre todo, en *Figaro*?

FLORENCIO. Si su crítica es fundada, me aprovecharé de ella, y les daré las gracias; y si es necia, si es insolente, ¿qué daño pueden hacer al verdadero talento los ladridos de un periodista ignorante? ¿Podrán cerrar el alma del espectador á las sensaciones que yo sepa inspirarle? ¿Detendrán las lágrimas en sus ojos? ¿Cerrarán sus labios á la risa que yo les arranque? ¡El público, dice usted, podrá ser alguna vez caprichoso, pero un público entero nunca es injusto! ¡Tenga yo verdadero talento, y él me aplaudirá!

ROSENDO. ¿Conque estás resuelto á desobedecerme, á deshonorar tu nombre?

FLORENCIO. ¡A honrarlo, sacándolo de una vergonzosa obscuridad!

ROSENDO. ¡Bien, ingrato, bien! ¡Sigue el camino de la perdición! ¡Sal al teatro! Yo te abandono, te desprecio, y mi hija será esposa de Eduardo.

FLORENCIO. Esa es la gracia que por última vez quería pedirle á usted. Ya estoy contento: emprendo mi carrera haciendo dos personas felices. ¡Ah, el corazón me anuncia que yo también lo seré!

ROSENDO. ¡Florencio, aún es tiempo! Mira: (Llégase á la mesa y firma el contrato.) ahí tienes el contrato de tu boda firmado por mí; lo dejo en tus manos. Reflexiona la suerte que te entrego. En mi despacho espero tu resolución.

ESCENA XVII

D. FLORENCIO

FLORENCIO. ¡Mi resolución ya está tomada! ¡El contrato firmado! ¡El nombre en blanco! ¿En qué me detengo? ¡Eduardo, recibe la felicidad de manos de tu amigo! (Escribe en el contrato.) «Con D. Eduardo Guevara.» ¿Y mi contrato de boda? (Tomando la real orden.) ¡Aquí está! Yo también me caso; ¡mi esposa será la gloria! (Llamando.) ¡Eduardo, Eduardo, Concha!

ESCENA XIX

D. FLORENCIO, D. EDUARDO, CONCHA y RITA

EDUARDO. ¿Qué hay?

CONCHA. ¡Dios mío!

RITA. ¡Qué voces!

FLORENCIO. Venid; rodeadme todos: oíd una noticia que colma mi felicidad y la vuestra.

EDUARDO, CONCHA y RITA. ¿Cuál?

FLORENCIO. Concha, dame tu mano.

CONCHA. ¡Dios Eterno!
 EDUARDO. ¡Florencio!
 RITA. ¡Adiós mi dinero!
 FLORENCIO. Mi tío acaba de firmar el contrato de tu boda...
 CONCHA y EDUARDO. ¡Ah!..
 FLORENCIO. ¡Con Eduardo! (Entregándole la mano de su primo.)
 EDUARDO. ¡Qué oigo!
 CONCHA. ¡Dios mío!
 EDUARDO. Florencio, ¿qué es esto?
 CONCHA. ¿Te burlas?
 FLORENCIO. (Dándoles el contrato.) Leed.
 EDUARDO. (Leyendo.) «Con D. Eduardo Guevara.» ¡Y está de tu letra!
 FLORENCIO. ¡Sí!
 CONCHA. ¡Ah, querido primo! (Abrazándolo.) Permite, Eduardo...
 FLORENCIO. ¡Soy moro de paz!
 EDUARDO. ¡Amigo generoso! (Abrazándolo.)
 FLORENCIO. (Declamando.)

«¡El alma salir quiere de su centro
 de gozo y de placer! ¡Apenas basto
 con todos mis sentidos y potencias
 á contenerlo en mí, ni á declararlo!
 ¡En este instante, yo morir debiera!»

RITA. ¡Señorito, esta es la mejor comedia que ha representado usted en su vida!
 FLORENCIO. Mi tío espera en el despacho. Entrad á verlo: decidle que esta es mi resolución con respecto á vosotros, y con respecto á mí... ¡el teatro!
 CONCHA y EDUARDO. ¿Qué dices?
 FLORENCIO. ¡Sí, soy cómico!
 CONCHA y EDUARDO. ¡Florencio!
 FLORENCIO. ¡Nada me digáis, nada oigo! El día 10, cumpleaños de nuestra adorada reina, hago mi salida. Eduardo, ¿serás siempre mi amigo?
 EDUARDO. Florencio, (Dándole la mano.) hazte aplaudir mientras yo mato facciosos, y los dos serviremos á la patria.

ESCENA XX

D. FLORENCIO

FLORENCIO. ¡Sueño lisonjero de mi juventud; adorada ilusión de tantos años, al fin te vas á realizar! ¡Ya soy cómico! ¡Mi empleo es dar alma y vida á los pensamientos sublimes, á las máximas filosóficas, á los patrióticos sentimientos del poeta; resucitar á los ojos del pueblo los héroes, para ser imitados; los tiranos,

para ser aborrecidos, y hacer palpitar el corazón de los españoles á los ecos de patria y libertad! ¡Y esto es vil, y esto es deshonra!

«¡Si no logra mi desvelo,
 patria, objeto de mi amor,
 dar mayor lustre y honor
 á las artes en tu suelo,
 perdona á mi noble anhelo,
 en honor del fausto día,
 la temeraria osadía
 conquie en tus aras presento
 mi escaso y pobre talento...
 y admítelo, patria mía!»

